

por objeto la traslacion á los Inválidos, la ceremonia fúnebre, la construccion del túmulo.

“Nosotros no dudamos, señores, que la cámara se asocie con una emocion patriótica al pensamiento real que acabamos de espresar ante ella. En adelante, la Francia, y la Francia sola, poseerá todo lo que queda de Napoleon. Tanto su tumba como su fama no pertenecen á nadie mas que á su pais. La monarquía de 1830 es, en efecto, la única y legítima heredera de todos los recuerdos de que la Francia se enorgullece: á esta monarquía pertenecia, sin duda, como la primera que ha reunido todas las fuerzas y conciliado todos los votos de la revolucion francesa, elevar y honrar sin temor, la estatua y la tumba de un héroe popular; porque hay tan solo una cosa, uno tan solo, que no tema la comparacion con la gloria.

“Y esta es la libertad.”

No se puede formar una idea del efecto que produjo esta comunicacion. Un calosfrio eléctrico corrió por toda la asamblea que muchas veces estalló en aplausos.

En lugar de un millon que pedia el ministerio, la cámara votó por él dos.

Era necesario que Luis Felipe se sintiese despojado del todo de ese dulce manto de la popularidad, tan caliente á la espalda de los reyes, para hacerse uno con la levita gris de aquel á quien él llamaba *mónstruo*, y á quien odiaba tanto como despreciaba.

Así es que los hombres graves, no vieron desde luego en esta vuelta de los restos mortales de Napoleon, mas que una imprudente especulacion, hecha mas imprudente aun, por la eleccion del hombre que habia hecho la demanda á lord Palmerston.

M. Guizot.

Es decir, el hombre de Gand, el hombre que habia sido forzado á atravesar el campo de batalla de Waterloo para volver á entrar en Francia; el hombre que, para hacerse re-

cibir bien de lord Welligton, habia de ir á limpiarse en sus alfombras las últimas señales de sangre francesa que habian quedado en los cañones de sus botas.

Se buscó la causa real de esta comunicacion, porque no se podia creer fuese debida, como lo habia dicho el discurso, á una inspiracion francesa.

Y he aquí lo que se contó en esa época:

Uno de los parientes del emperador habia obtenido de O'Connell, ese gran incitador irlandés, interesado en meter en disturbios la Francia, que O'Connell presentaria á la cámara de los comunes una mocion que tendria por objeto el que se nos diesen los restos mortales de Napoleon, y en fin que qué necesidad tenia la Inglaterra de estos restos mortales, de este sauz cuyas hojas se esparcian por todo el mundo, de esta especie de sepulcro de Mahoma suspendido entre el agua y el cielo y hácia el cual tendia la peregrinacion incesante del mundo entero.

¿No era un insulto hecho á los vencedores de este hombre, de los cuales unos, viviendo aun, estaban completamente olvidados, este homenaje casi divino tributado al vencido?

Así es que cuando O'Connell le dijo á lord Palmerston su intencion:

—¡Diablo! dijo este, andad con cuidado. En vez de agradar al gobierno francés vais tal vez á embarazarlo mucho.

—La cuestion no es esa, respondió O'Connell, la cuestion es, segun creo, hacer lo que yo crea deber hacer. Ahora bien, mi deber es proponer á los comunes que devuelvan á la Francia la osamenta de su emperador: el deber de la Inglaterra es acoger mi mocion. La propondré, pues, sin dárseme un pito de que se lisonjee ó se enoje.

—Sea, dijo lord Palmerston, solo os pido quince dias.

—Os los doy, repuso O'Connell.

El mismo dia, se asegura, lord Palmerston escribió á M. Thiers, que iba, á causa de las interpelaciones de M. O'Co-

nell, á ser forzado á confesar que jamas habia rehusado la Inglaterra el volver á la Francia los restos mortales de Napoleon, y que haria ya bastante tiempo que los habria entregado si la Francia los hubiese reclamado.

M. Thiers habia comunicado el despacho al rey, y estos dos grandes artistas habian preparado, en colaboracion, la comedia que acababa de ser representada en la cámara y que habia obtenido tanto suceso.

Pero como de todas las falsas especulaciones, si de esta no dimanaba tan solo un bien, y si solo una atenuacion del mal por el presente, dimanaban tambien graves inconvenientes para el porvenir. Aquel discurso tan pomposamente preparado, tan acaloradamente aplaudido por los bulliciosos de la cámara, habia, penetrando de la superficie al fondo de la sociedad, herido á casi todos los partidos.

Habia herido al *partido legitimista*, haciendo de Napoleon un *soberano legitimo* de la Francia, y con derecho á ser enterrado en San Dionisio como un Borbon ó un Valois.

Habia herido al partido orleanista puro, estableciendo para la familia de Napoleon esperanzas para el porvenir de suceder á este soberano legitimo, y creando un derecho igual entre los hijos de Luis, de Luciano y de Geromo y los derechos del conde de Chambord.

Habia herido á los republicanos que, mal impuestos de la mision que llenó Napoleon y de lo que habia dimanado ese gran principio de igualdad que eleva sustituido á la igualdad que apoca, no veian en Napoleon mas que el hombre del 13 vindemario y del 18 brumario.

Habia, en fin, herido á los mismos bonapartistas que veian que los honores tributados á su emperador, estaban acaso á la altura de la especulacion y no á la de la rehabilitacion. Para ellos, los restos del vencedor de Arcole, de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Freidland y de Moskowa, no debian ser tomados por medio de contratos de ma-

nos de lord Palmerston, sino tomados por viva fuerza á los ingleses.

No era, pues, una simple fragata montada por el mas joven capitán de la armada la que debia trasportarlos á Francia, sino un navío del mas alto bordo que condujese con él una escuadra montada por nuestros mas ilustres y mas viejos almirantes. No debia ser por agua por donde se debia traer el féretro del Havre á Paris, sino que era menester que pasase el convoy fúnebre á través de la Francia entera y por su mayor estension. En fin, bajo la columna, como lo habia pedido en su testamento, era donde debia sepultársele, á fin de que el monumento fuese digno del solo hombre digno del monumento, y no bajo la cúpula de los Inválidos, confundido con las víctimas del atentado Fieschi, como un simple mariscal de imperio, como Catinat ó como Villars.

No era esto ciertamente lo que habia prometido la poesia A la Gloria, cuando dijo:

Duerme, que acaso llegarse un dia
En que á buscarte iremos,
Pues ya que por señor no te tuvimos,
Sí como á un dios celosos te tenemos.
Porque ha corrido nuestro amargo llanto
Al contemplar tu bárbaro infortunio,
Y jamas bajo el manto
Del oriflama ó de los tres colores,
Se unirán nuestras fuerzas
A tirar del cordel de los furores
Que te arranque violento
Del pedestal que tienes por asiento.

No temas, no, nosotros siempre leales
A tu memoria grata,
Te haremos, sí, gloriosos funerales:
Tendremos, podrá ser, nuestras batallas,

Y á tu féretro agosto
Sombra darán tambien nuestras metralas.

Llevaremos ante él la Europa toda,
El África y el Asia,
Y con ellas la jóven poesía
Que libertad sublime
Cante gloriosa en plácida armonía.
Tú estarás aquí bien, entre nosotros,
Bajo la alta columna reposando,
En Paris poderosa,
Que siempre cual la mar se está agitando.

Bajo este cielo, oscurecido á veces
Por negras tempestades horrorosas,
Bajo un suelo que vive
Y que hacinado cruje y se remueve,
Por dó pasa el cañon que á la campaña
Fiero se apresta y breve,
Por donde pasan las legiones bravas...
Y, en fin, donde es el pueblo
Cual una mar de enardecidas lavas.

Mas si solo los rayos y el abismo
Él tiene preparado al cruel tirano,
Tiene para el sepulcro
De cuya magestad es cortesano,
Largo gemido, triste y doloroso
De duelo y de pesar;
Y al oirlo, tal vez tu sombra augusta
Olvide los rugidos de la mar.

No es necesario decir que estos versos son de Victor Hugo, y que fueron hechos cuando la cámara de diputados rechazó, en 1830, la proposicion de volver á pedir á la Inglaterr-

ra el cuerpo de Napoleon, y de sepultarlo bajo la columna.

Por lo demas, como era fácil de preverse, despues de semejante comunicacion hecha á la cámara y en semejantes términos sucedió:

Que el príncipe Luis Napoleon trasportado á América por las órdenes de Luis Felipe, habia vuelto á Inglaterra, y desde Inglaterra habia oido la proposicion de M. de Rémusat y los aplausos de la cámara.

Entonces se preguntaron como podia hacerse un crimen al sobrino, de entrar en Francia, cuando se volvia á traer á ella triunfalmente el cadáver del tio.

CAPÍTULO XIX.

HEMOS dicho ya, que hácia el año de 1832 ó 33, el príncipe Luis habia tenido una entrevista con el general La Fayette. Esta entrevista no habia tenido otro resultado que el de probar la diferencia de opinion que existia entre el príncipe Luis y los radicales.

Interrumpidas estas negociaciones, el príncipe Luis, despues de pasados siete años, despues de frustrada la tentativa de Estrasburgo, el príncipe Luis, repito, resolvió volver